

anuario
1986

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCAampo



ANUARIO 1986

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
«FLORIAN DE OCAMPO»

**anuario
1986**

**INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO**



CONSEJO DE REDACCION

Miguel Angel Mateos Rodríguez, Enrique Fernández-Prieto, Miguel de Unamuno,
Juan Carlos Alba López, Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, Luciano García Lorenzo, Jorge Juan Fernández,
José Luis González Vallvé, Eusebio González.

Diseño Portada: Angel Luis Esteban Ramírez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
«FLORIAN DE OCAMPO»
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)
DIPUTACION PROVINCIAL DE ZAMORA

ISBN: 84-505-4497-1
Depósito legal: ZA-258-1986
Imprime: Gráficas Heraldo de Zamora. Santa Clara, 25. ZAMORA

INDICE

ARTICULOS

ALFARERIA	11
—Ramón Manuel Carnero Felipe y Víctor Redondo Tamame (Alfarero). <i>Catálogo de la Alfarería de Pereruela de Sayago en Zamora</i>	13
ARQUEOLOGIA	39
—Jesús Celis Sánchez. <i>Nuevo Yacimiento de la Edad del Hierro en Bena- vente (Zamora)</i>	41
—Jorge Juan Fernández. <i>Hallazgo Arqueológico en Hermisende (Zamora)</i> .	55
ECOLOGIA	65
—Carmen Urones Jambrina. <i>Distribución y ecología de las Arañas en la provincia de Zamora</i>	67
GEOGRAFIA	123
—Juan Ignacio Plaza Gutiérrez. <i>Manifestaciones de la Regresión demo- gráfica en la provincia de Zamora y representación de los últimos resulta- dos de su volumen de población: El padrón municipal de habitantes de 1986</i>	125
HISTORIA	143
—José Antonio Álvarez Vázquez. <i>Una experiencia ganadera en Zamora en el siglo XVIII. La Cabaña del Cabildo de la Catedral de Zamora en 1762-1766</i>	145
—Enrique Fernández Prieto. <i>Los Hidalgos en Sanabria al finalizar el si- glo XVII</i>	157
—Félix Alonso Alonso, Luis Fernando Delgado Rodríguez, Hilarión Pas- cual Gete y Adolfo Sánchez Benito. <i>La conciencia regional e histórica castellano-leonesa reflejada en un acuerdo municipal toresano del siglo XVIII</i>	187
—Manuel Fernando Ladero Quesada. <i>Sobre la marginación social en Za- mora a finales de la Edad Media: Prostitución, pobreza y esclavitud</i>	213
—Adelaida Sagarra Gamazo. <i>Don Juan Rodríguez de Fonseca. Aportación documental del Archivo General de Simancas</i>	223
LITERATURA	249
—Antonio Álvarez Tejedor. <i>Aproximación al Estudio del léxico rural de la provincia de Zamora</i>	251
—L. Díez Merino. <i>Carta a los Hebreos (Alfonso de Zamora)</i>	265
—Germán Andrés Marcos. <i>León Felipe, la encarnación poética del mito ...</i>	293
DEMOGRAFIA	317
—Natividad J. Rodríguez Blanco. <i>Estudio Biodemográfico del Ayunta- miento de San Justo (Sanabria)</i>	319
MUSICA	385
—Alejandro Luis Iglesias. <i>Dos Villancicos inéditos de Juan García de Sala- zar en la Catedral de Zamora</i>	387

ESTUDIOS SANITARIOS	441
—Félix Rodríguez Lozano. <i>Intervención clínica-psicológica en centros de atención primaria en la provincia de Zamora</i>	443
TEXTOS Y DOCUMENTOS	
—Antonio Matilla Tascón. <i>Zamora y zamoranos en la documentación notarial de Madrid (1987)</i>	453
—José Luis Barrio Moya. <i>La gran colección pictórica de Don Manuel Enríquez de Guzmán, X conde de Alba de Liste (1672)</i>	481
—Angel Benito y Durán. <i>Don Francisco de Zapata Vera y Morales, Obispo de Zamora, consejero de Felipe V Rey de España</i>	489
ACTIVIDADES Y CONFERENCIAS	
Memoria de actividades, 1986	525
Conferencias	
Salustiano del Campo. « <i>Clases Medias: Modelo Europeo</i> »	535
Ciclo de conferencias « <i>ESPAÑA SIGLO XX</i> »	559
Gabriel Cardona Escanero. « <i>La Dialéctica Guerrera</i> »	561
Antonio Fernández. « <i>La Iglesia y la Guerra Civil</i> »	575
Gabriel Jackson. « <i>Aspectos internacionales de la Guerra Civil</i> »	601
Angel Viñas. « <i>La internacionalización de la Guerra Civil de España</i> »	615
Julio Aróstegui, Alberto Reig y Luis Suñen. Mesa Redonda; TRES TEMAS CLAVES-GUERRA CIVIL. « <i>Revolución, Represión y Memoria popular</i> »	633
Ciclo de conferencias « <i>MIGUEL DE UNAMUNO</i> »	657
Ciríaco Morón. « <i>Miguel de Unamuno</i> »	659
José Luis Abellán. « <i>Miguel de Unamuno</i> »	677
Bibliografía de Zamora. 1986	701
IN MEMORIAM	
Mario Rodríguez Aragón por Luis Cortés Vázquez	707

ARTICULOS

CARTA A LOS HEBREOS

(ALFONSO DE ZAMORA)

L. DIEZ MERINO

1. INTRODUCCION

1.0. El autor: Alfonso de Zamora

No son muchas las noticias seguras que tenemos sobre este polígrafo del renacimiento español, y primer catedrático de hebreo de la Universidad de Alcalá, seleccionado por el Cardenal Cisneros para preparar los textos hebreos y arameos de la obra cumbre del Renacimiento hispano, la Poliglota de Alcalá.

Nació en Arcos de la Polvorosa, al norte de la provincia de Zamora, y se le conoce con el sobrenombre de «zapatero». La fecha exacta del nacimiento se desconoce: año 1474¹, ó 1472, ó 1480².

También se desconoce la fecha exacta de su conversión del judaísmo al cristianismo: quizá en el año 1492³ (O.C. p. 399), o incluso pudo ser ya hijo de converso⁴, dado el nombre de su padre Juan de Zamora; Alfonso de Zamora califica a su padre de «sabio»⁵.

Al comienzo del año 1508, quedó vacante la cátedra de «*hebrayco, caldeo y arábigo*» de la Universidad de Salamanca; opositaron Juan Rodríguez de Peralta, el italiano Diego de Populeto, el dominico Juan de Vitoria, el bachiller Parejas, el licenciado Juan de Ortega, y el judeoconverso Alonso de Arcos o de Zamora. El Rector de la Universidad propuso a Diego de Populeto, para que enseñase durante dos años, pero con reducción de salario: «*y no con todo el salario, salvo con parte dello, e que parte se dé a quien platique con él, que sea uno de los tornadizos (e.d. cristiano nuevo) que saben bien el hebraico: uno el zapatero (e.d. Alfonso de Zamora) y el otro Diego Lopes, tañedor*»⁶. Después se encomienda a Juan Rodríguez de Peralta, quien de los 20.000 maravedís tiene que dar 4.000 a un «*tornadizo*» para que le enseñe hebreo.

En 1509, a cinco de junio, el Consejo de la Inquisición, desde Valladolid, emite una orden para que en la Universidad de Salamanca no sean admitidas «*las personas nuevamente convertidas del judaísmo a nuestra religión cristiana*» (oposición a cátedras, promoción a grados académicos, incorporación a la Universidad), pero dicha orden es suspendida por orden real el 2 de octubre del mismo año. En los libros del claustro del año 1510, a 28 de mayo⁷, se dice de Alfonso: «*es venido aquí vn hombre que es cristiano nuevo, que dise que leerá hebraico, e que si les paresçe que cunple a la Universidad que se fable con él e que lea hebraico, pues que hay cátedra e no se lee por estar enbarazada (e.d. detenida), que lo vean e digan su paresçer*». Al año siguiente (1510-11) se intentó que otro converso enseñase el hebreo, pero ya en 1511⁸ se decidió que «*Alonso de Arcos, zapatero, podía mejor enseñar la lengua*». Entra a

enseñar el curso 1510-11 con un salario de 6.000 maravedís, y como fue del agrado de las autoridades académicas salmantinas, porque era «*persona suficiente e hacía fruto*», le prorrogaron por otros dos años el contrato, hasta 1513⁹. Pero si en octubre de 1511 se le habían prorrogado otros dos años, en noviembre del mismo año tomó posesión el nuevo rector, Luis de Medrano, y no respetó los acuerdos que con Alfonso se habían hecho, y concedió la cátedra de hebrero a Hernán Núñez de Guzmán, apellidado el Pinciano¹⁰.

Este nuevo estado de cosas suscitó una viva polémica entre los componentes del claustro salmantino¹¹. Según A. Neubauer¹² tendría Alfonso de Zamora por esa época unos 37 años, y por aquella época otro converso, Alonso de Peñafiel, se mostraba partidario de que fuese Alfonso de Zamora el que tenía que regentar tal cátedra: «*en la lengua hebraica e caldea más sabía Alonso de Zamora que no el comendador*»¹³. De hecho esta competencia de Alfonso de Zamora era reconocida por el franciscano Alonso de Valdivieso, quien confiesa el conocimiento «excelente» de Alonso de Zamora en las lenguas hebrea y caldea, pero Antonio de Nebrija y Arias Barbosa mostraron sus reticencias, sin que sepamos cuáles eran los inconvenientes que tenían para reconocer el peritaje de Alfonso en dichas lenguas. De hecho la cátedra de hebreo quedó vacante, contra todos los compromisos en favor de Alfonso de Zamora, en el año 1512, y sabemos que opositó en el mismo año el maestro Jerónimo de San Helices¹⁴.

Pero encontramos curiosamente a Hernán Núñez (el Pinciano) y a Alfonso de Zamora, un año después, en la Universidad de Alcalá; se conserva el documento intitulado «*Asiento que se tomó con el maestro Alonso de Zamora, vezino de Salamanca, para leer la cátedra de Hebreo, hecho en Alcalá a 4 de julio de 1512*»¹⁵. Según A. Neubauer¹⁶ por aquella época Alfonso de Zamora tendría unos 37 años. El actual regente de la cátedra de hebreo de la Universidad de Salamanca juzga así dicho período: «*la Universidad salmantina perdió la posibilidad de que figurara en su claustro de profesores quien años después contribuyera desde la alcalaína a impulsar en toda la Europa culta la más preciosa contribución española en la exegesis veterotestamentaria, dorada oportunidad que no volvería a presentarse*»¹⁷.

No conocemos datos particulares sobre el ocaso de la vida de Alfonso de Zamora, pero nos podemos fiar de una confesión que hace en el colofón de la «*Carta que envió el Profesor Zornoza, juez y Rector de la Universidad de Alcalá de Henares, al Santo Padre de la ciudad de Roma, nuestro señor Pablo III, príncipe de la santa y católica Iglesia Romana*», que está fechada a 31 de marzo de 1544; Alfonso de Zamora tradujo o compuso dicha carta, y el original se conserva en un ms. de Leiden, reseñado por M. Steinschneider¹⁷, donde nos hace esta confesión: «*y aunque tengo setenta años no recuerdo hasta hoy ningún día alegre... Que soy yo el único sabio (hebreo) de España que he quedado después de la expulsión del reino de Castilla que tuvo lugar en el año 525 de la era de la Creación del mundo de los herejes, por la cual cuentan hoy los judíos del mundo entero que viven en el destierro por su pecado*»¹⁸.

El autor, pues, nació en una fecha que se nos oculta, y desapareció en otra que desconocemos, sin embargo su ingente obra tiene testigos de cuatro siglos que la

alaban y perpetúan.

Nosotros presentamos hoy una de las obras que han pasado sin especial relieve en la literatura hebraica-española, pero consideramos que ofrece la novedad de cerrar un ciclo: la polémica judeo-cristiana que comenzó en la edad patristica española, se culmina y cierra con la obra de Alfonso que hoy presentamos. No es su trabajo definitivo en dicho campo, sino que la Carta a los Hebreros significó en la vida científica y emocional (por no decir apostólica) de Alfonso de Zamora, un primer ensayo, que culminaría con su obra el *Sefer Hokmat Elohim*.

Nuestra intención es presentar el texto hebreo de dicha carta, publicado en vida del autor; asimismo ofrecemos su traducción interlineal hecha por el mismo Alfonso, y su valoración interna, a la vez que su colocación dentro de la corriente de controversia judeo-cristiana que se prolongó durante muchos siglos en suelo ibérico.

Para no desmembrar esta Carta de Alfonso de Zamora, del resto de la producción literaria de controversia judeo-cristiana en nuestra patria, hemos añadido un análisis pormenorizado de la obra de Raimundo Martí, *Pugio Fidei*, que fue la inspiradora de Alfonso; asimismo la hemos entroncado con los dos anillos de la controversia judeo-hispana: Pedro Alfonso y la Controversia de Tortosa.

Después de que un polígrafo hispano se mostró tan generoso en su trabajo, y en su creatividad, igual que en su oficio de cumplimentador de otros manuscritos que él encontró, como se puede controlar en la Biblioteca de El Escorial o en la Complutense (Madrid), quizá podemos concluir con un epígrafe «*el silencio del humanista Alonso de Zamora*» (C. Carrete Parrondo, *Hebraistas judeoconversos en la Universidad de Salamanca, siglos XV-XVI*, Salamanca 1983, pp. 16-22), que es toda una apología en España, frente a una activa Inquisición.

CARTA A LOS JUDIOS DE ROMA -2-

1.1. Estudios precedentes

En relación con esta carta de Alfonso de Zamora conocemos dos trabajos realizados por F. Pérez Castro: a) «*El libro de la Sabiduría de Dios, de Alfonso de Zamora*»¹⁹ en este estudio se da cuenta de la Carta, titulada «*Epístola a los judíos de Roma*», en un apartado que encabeza con el epígrafe: «*El libro de la Sabiduría de Dios y la Carta a los judíos de Roma*»: analiza el contenido de los capítulos de un modo muy desigual; del 1.º hace un muy sucinto resumen (p. 171); del 2.º traduce algunos párrafos (p. 171-174); del 3.º apenas lo enuncia y hace una cita (p. 174); los caps. 4.º-7.º van todos englobados bajo el título de «*Capítulo cuarto*» (pp. 174-179): traduce algunos párrafos, sin anotar a qué capítulo pertenecen; b) en su tesis doctoral²⁰, en la introducción, cap. II, titula uno de sus apartados: «*El 'libro de la Sabiduría de Dios' y la 'Epístola a los judíos de Roma'*»: en este trabajo hace largos extractos de traducción de todos los capítulos, excepto del capítulo primero. Ninguno de los trabajos arriba mencionados ofrece una traducción completa, ni un análisis de los contenidos de dicho tratado.

1.2. Conexión de la «Carta a los judíos de Roma» con la producción alfonsina

J. Rodríguez de Castro²¹, al tratar de Alfonso de Zamora, relacionó dos obras suyas: a) Carta a los Judíos de Roma, y b) Libro de la Sabiduría de Dios. Esta relación fue repetida en las dos obras de F. Pérez Castro arriba reseñadas. Este último afirma: «salta a la vista una identidad de temas que permiten afirmar que dicha epístola fue la base o guión que seis años más tarde, en 1532, había de llegar a su pleno desarrollo»²².

En realidad, según Alfonso de Zamora confiesa en la misma Carta a los Hebreos, tal tema le había venido persiguiendo en su mente seguramente desde el mismo momento de su conversión: él quería hacer partícipes a sus antiguos correligionarios del bien que él gozaba, e.d. que en su mente había un deseo que todos los judíos se convirtiesen para hacerse partícipes del bien que él mismo gozaba. Quizá en el lejano 1492 fecha en que se supone abjuró del judaísmo convirtiéndose a la fe cristiana²³, estos autores suponen sin prueba alguna que la conversión tuvo lugar en 1506, pensó ya en una obra de estas características. La carta que hoy presentamos, aunque escrita muchos años después de la conversión (fue publicada en la gramática del año 1526, en Alcalá), es fruto de una meditación y maduración larga. A la vez fue como una especie de esquema-guión de otra obra que escribió en esta época de madurez, el *Sefer Hokmat Elohim* («Libro de la Sabiduría de Dios»), que en su único ejemplar hebreo se encuentra en la Biblioteca de El Escorial (Madrid), con la sigla G-I-8; y en latín lleva tres subtítulos: a) «*Sapientia Divi*», b) «*sapientia divina*» (borrado por 2.^a mano); c) «*Liber sapientiae diuinae aduersus iudeos in assertionem christiane veritatis*». El texto de este tratado fue publicado por F. Pérez Castro como tesis doctoral²⁴ en su traducción castellana, pero el texto hebreo original nunca ha sido publicado; nosotros lo tenemos ya transcrito y pronto para la imprenta.

Más adelante propondremos un esquema ideológico de los temas desarrollados en la Carta de los Hebreos, y el contraste a los temas expuestos en el Libro de la Sabiduría de Dios, se puede constatar en F. Pérez Castro²⁵.

Este deseo de comunicarse con sus antiguos correligionarios lo expresa él en esta misma carta: «*Y por esto se suscitaron en mí mis cavilaciones en orden a escribiros las palabras de justicia que ya hace tiempo subieron a mi corazón, como fuego ardiente*» (cap. I).

1.3. El texto de la Carta a los Hebreos

1.3.1 El texto hebreo

Está reproducido en la Gramática Hebrea, impresa en Alcalá, el año 1526; el ejemplar reproduce en 1.^a página el siguiente enunciado: «*Fons erat hebreus siccus nec clarus abunde: Presulis Alfonsi tempore ad vsq(ue) grauis: Cum Fonseca suo venit cum sydere quino: Iste sacrum fulgens pingueque fecit opus*». Sigue el Escudo del Arzobispo Fonseca, que ocupa la parte central de la página. Bajo el escudo se pone el

verdadero título de dicho tratado: *Introductiones Artis grammaticae Hebraice nunc recenter edite*. Impresse in Academia complutensi in Edibus Michaelis de Eguia. Al final está escrito: Excussum est atq(ue) absolutum praesens opus in Academia Co(m) plutensi expensis Egregii viri Michaelis de Eguia Typiçae Artis solertissimi. Anno 1526. kale(n)dis Maii, die Martis. *Telos* (1526.05.01 martes). La portada está en rojo y negro, caracteres góticos, Signaturas A-Z y AA-EE de 8 hoj., son 224 hoj., la última en blanco. Existen diversos ejemplares: en la Biblioteca Nacional de Madrid, sigla R-29.949; en la Biblioteca Pública de Valladolid; en la Biblioteca Nacional de París.

En la Biblioteca Universitaria de Barcelona se encuentran tres ejemplares de dicha Gramática: 1) B.48-6-26 (otra sigla: 12.398), en el dorso: «*Zamoren*». De Orthograp. Hebraica S.2., encuadernado en pergamino; comienza en el cap. III de la gramática: concluye este ejemplar con la Carta de Alfonso a los Hebreos, pero llega solamente a la mitad del cap. V 2) B.18-5-2-2.929; en el tejuelo: «*Zamora - Alcalá - 1926*», tiene otra sigla: L. ms. B.7.96. En la ficha figura: Alfonso de Zamora, *Introductiones artis grammaticae hebraice nunc recenter edite*, Compluti, Michael de Eguia, 1526, Biblioteca Universitaria, Barcelona. En la 1.^a página, en blanco, hay diversas notas escritas a mano: «*dimarts (a XII de octubre any 1540). hebream. hanc artem hieRonimo (sic) albinyanez Sacre theologie studenti Restitues quisquis eam amissam offenderis et munere no(n) parvo donatus abibis a XXV de octubre any 1540*». Siguen otros apuntes relativos a la gramática, notas hechas por su poseedor. El título verdadero de dicha gramática es el imprso como: *Introductiones Artis Grammaticae hebraice nunc recenter edite*. Impresse in Academia Complutensi in Edibus Michaelis de Eguia. Alrededor del escudo hay dos frases en hebreo, en cuatro líneas, alternando en negro y rojo. Su traducción es: a) «*Libro de gramática de la lengua santa*»; b) «*Coge este libro con ardor de justicia*»; c) «*Bendice a Yahweh, Señor del mundo*»; d) «*Buscaré tu misericordia, porque yo soy tu siervo*». En la parte posterior del escudo es donde se encuentra el lema que anteriormente hemos transcrito: «*Fons erat hebreus siccus nec clarus abunde: Presulis Alfonsi tempore ad vsque grauis: Cum fonsca suo venit cum sydere quino: Iste sacrum fulgens pingueque fecit opus*». La dedicatoria de éste, como del resto de los ejemplares, es: «*Ad reverendissimvm ac illustrem dominum. D. Alfonsum de Fonseca Archiepiscu(m) Toletanu(m), et Hispaniarum primatem etc. Alfonsi Zamorensis: introductionum Hebraicarum(m) secunda editio: post eam, quam primu(m) ediderat in Academia Complvtensi*». No hemos empleado dicho ejemplar, pues en la carta a los Hebreos está incompleto el capítulo primero. 3) B.18-5-2.929 (otra sigla: B.n. 11.64.422), encuadernado en piel. En el dorso está escrito, por diversas manos, y en diversas épocas: «*Zamora. Zamora. Alphonsus de Zamora*». En la 1.^a página en blanco: en letras hebreas cuadradas, obra de principiante: *yw'nnys 'libry hyq' rnyky hklwdm*. El ejemplar no está foliado; es el único ejemplar completo de dicha gramática alfonsina que se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Barcelona. Es el ejemplar que nos ha servido de base para nuestra traducción.

El texto consonántico está compuesto con tipografía de la época, el texto vocálico

ha sido puesto a mano, y por un naqdán no muy avezado, pues las vocales con frecuencia varían mucho en la forma y dirección, p. e. el *qames*. No sabemos si fue el que escribió las vocales el mismo Alfonso de Zamora (él estaba a la sazón en Alcalá, y era catedrático de hebreo de la misma Universidad), pero de hecho en otros mss. del mismo Alfonso hemos apreciado mucha más uniformidad; no obstante hay que advertir que Alfonso por aquellas calendas no era anciano, pues tendría unos 46 años (nacido probablemente hacia el año 1480), y suponemos que en su obra habría sido mejor pendolista.

En el texto hebreo consonántico no hemos apreciado ninguna anomalía, pero en el texto vocálico sí que hemos encontrado las características de la gramática hebrea de Alfonso, que no siempre van conforme a las exigencias de la gramática tiberiense. No usa el *qames ḥatuf*, p.e. en *ḥokmah* (lo escribe con *ḥolem*, como en babilónico); las guturales van con vocal plena (también era norma en babilónico); a veces el artículo va con *qames*.

Empieza el acento (como un acento español agudo) sobre la sílaba acentuada, cuando ésta es *milecel*; las sílabas *milrac* no van señaladas. Desconoce los *ḥatefim*, pero sí emplea el *segol*. No obstante escribe *be-tom* (*tom* con *ḥatef pátaḥ*), pero en ocasiones también lo escribe con *holem*. La *Waw* cuando precede gutural lleva un *qames*, en lugar de la asimilación regresiva que le correspondería. Existe el *dages* tanto *lene* como *forte*, y también el *mappio*. Usa con mucha más frecuencia las *matres lectionis* que lo hace el TM (=Texto Masorético). Emplea el *pataḥ ganub* (no se usa en babilónico). En *Yerúsalayim* unas veces la *Lamed* lleva *qames* y otras *pataḥ*.

La división de los párrafos se hace con dos puntos, como en el TH tiberiense, pero al principio emplea muy pocas divisiones, en cambio al final abundan. Los capítulos están divididos con enunciado latino.

1.3.2. Versión latina interlineal

El mismo Alfonso, al publicar la Carta a los Hebreos ha querido ampliar al máximo su radio de acción y el número de lectores: la ha acompañado de una traducción latina simultánea e interlineal; de este modo puede alcanzar a tres grupos de lectores: a) los judíos que leerán el hebreo, escrito directamente para ellos; b) los estudiantes de teología y los teólogos, que podrán acercarse al texto hebreo, con la fácil guía de la traducción latina literal: así pueden enterarse del contenido y aprender el hebreo y sus equivalentes; e.d. resulta un manual de traducción, y un léxico hebreo-latino; c) los cristianos, sean teólogos o no, que aunque con un esfuerzo no pequeño, podrán leer seguida una traducción latina, hecha sobre el original; dicha traducción latina es siempre fiel en cuanto cabe, solamente en una ocasión nos hemos quedado perplejos: cuando traduce un *sâm* («allí»), por «isti».

La traducción latina es un problema singular: hecha por el mismo Alfonso, resulta tan auténtica como su original hebreo; incluso no sabríamos decir cuál fue primero, si el texto hebreo o el texto latino; más bien nos inclinamos por aceptar el texto hebreo como original, y la traducción latina habría sido hecha posteriormente.

Pero a la hora de una exégesis, o de un estudio del pensamiento de Alfonso respecto a la controversia judeocristiana en España, ambos han de entrar al mismo nivel. Incluso el texto latino resulta a menudo una exégesis, especialmente de los fragmentos bíblicos; p.e. en cap. I *'anse h̄ail* es traducido por «*homines virtutis, id est, probi*»; y este modo de incisos son frecuentemente empleados. Solamente en una ocasión hemos notado que aduzca las variantes de un texto hebreo bíblico, p.e. en cap. II sobre Job 4, pone en texto *mis̄im* («tributis») y en margen: *mes̄im* («id quod ponat») con la indicación de que es una lectura variante: «alias».

Esta versión latina es acompañada de citas marginales de los textos bíblicos aducidos; e.d. Alfonso anota en margen el capítulo del libro bíblico correspondiente citado, pero hay que añadir que si no aduce el versículo de dicho capítulo, es porque en sus días todavía no se había descubierto el sistema de mayor determinación del fragmento bíblico por medio del versículo.

Las citas superan ligeramente el centenar, si nos atenemos a las citas marginales que el propio Alfonso identificó singularmente, pero de hecho existen otros muchos textos que son frases bíblicas, o más bien clisé bíblico, aunque no se cite explícitamente en los márgenes. Evidentemente que las citas se refieren al texto hebreo del AT, pero alguna vez también aparece el NT.

Como la lengua hebrea es muy aglutinante, el latín se queda muy largo, y entonces existe un verdadero equilibrio de abreviaturas, que a veces se reducen a un mínimo de difícil desciframiento; en realidad las abreviaturas no obedecen a pautas de diplomática, sino al espacio material; tanto más que en algunos casos Alfonso se cree en la necesidad de introducir pequeños incisos explicativos dentro del mismo texto. Como es de suponer el latín ha sido compuesto sobre el texto hebreo, pero como el texto hebreo va de derecha a izquierda, el latín tiene que ir al contrario de lo que correspondería, por eso a veces se invierte el orden latino correcto; pero es el mismo Alfonso quien sacrifica la elegancia latina, por el servilismo de la traducción de quien quiere supeditar el latín al texto hebreo precedente; ante todo fidelidad literal.

En dicho volumen de Gramática hebrea figuran los siguientes tratados: a) «*Grammatica hebraea, in tres libros diuisa*»; b) «*Nominu(m) ac verboru(m) hebreoru(m) dictionariu(m) copiosum*»; c) «*Declarationes vocabulorum Artis Grammaticae et commentatorum Bibliae*»; d) «*Catalogus Iudicum —Regum— et Sacerdotum atque Prophetarum veteris legis*»; e) «*Tractatus de vera Orthographia hebraice descriptio(n)is*»; f) «*Epistola auctoris ad infideles Hebraeos vrbis Romae, qua manifeste redarguit eorum perfidiam*»; g) «*Registrum*».

Es una verdadera obra de arte, especialmente la publicación material y técnica de la carta a los Hebreos, hecha por Miguel de Eguía, dada la dificultad de su composición tipográfica.

1.4. Citas empleadas en el texto hebreo

1.4.1. Citas bíblicas

Hemos transcrito todas las citas bíblicas efectuadas por Alfonso en dicho tratado, siempre sobre el texto bíblico (hebreo o arameo); suman más de un centenar; las hemos comparado con la *Biblia Stuttgartensia* para poder valorar inmediatamente las diferencias que pudieran surgir. De hecho las diferencias son mínimas: en algunas ocasiones Alfonso cambia la persona del verbo para acomodarlo más exactamente a la situación que él pretende describir, en otras circunstancias añade algún inciso, o cambia los pronombres; pero en el conjunto se puede decir que la Biblia de Alfonso es la del *Textus Receptus*, y que su asimilación del texto bíblico es tan grande, que cuando no cita textualmente (a veces hay diversos fragmentos bíblicos perfectamente ensamblados), lo hace en un contexto tan netamente bíblico que es difícil distinguir cuando habla Alfonso, y cuando está hilvanando textos sagrados.

Las citas bíblicas se refieren esencialmente al texto hebreo del AT; solamente en dos ocasiones cita el NT: Jn. 19,37 (citando a Zac. 12,10) y Lc. 1,31. Normalmente tales citas son literales, y se especifican en la mayor parte de los casos con su correspondiente llamada marginal en figuras latinas, y con la correspondiente abreviatura del libro bíblico; en algunas ocasiones seguido del libro bíblico aparece un número arábigo y otro romano, pero lo normal es que siga solamente un número romano (que corresponde al capítulo del libro bíblico aludido). Las divisiones de los capítulos suelen coincidir con los de la Biblia Hebraica que actualmente conocemos, pero en algunos casos no coincide p.e. en Salmos o en Zacarías (el Sal. 78, que él cita es el Sal. 77). En otros casos, de Salmos cita dos número diferentes, consciente de la diferente división que existe en el Texto hebreo y en la Vulgata Latina; p.e. Sal. 144 y 114 (cap. IV), Sal. 74 y 73 (Cap. V), Sal. 131-132 (Cap. VII).

Las citas, salvo raras excepciones (p.e. Dan. 7,13-14, en Cap. II), no suelen superar más texto que el que corresponde a un versículo; pero en ciertas ocasiones hay dos versículos seguidos; en pocas ocasiones se cita una sola palabra (p.e. Lev. 1,1 y Dt. 6,4).

En contadas ocasiones se hace una cita global, (p.e. Is. 53, en cap. II; Gen. 2, en cap. VII, Ex. 25, en cap. V); tales citas no suelen estar señaladas en los márgenes (p.e. Gen. 1,1, en cap. IV).

Existen citas dobles, con numeración romana (que es la que siempre se usa) y la numeración arábigo (p.e. Job. 24 y vj. en cap. II; Is. 34 y Jer. xivj, en cap. II); raramente una cita simple lleva numeración exclusivamente romana (p.e. Job 34, en cap. II).

Normalmente tales citas están hechas con exactitud de capítulo, pero en el cap. IV leemos Malach.iii, cuando es Mal. 3,19; quizá en su Biblia Mal. alcanzaba cuatro capítulos (Kittel-Kahle solamente ofrece 3 caps. en este profeta).

Aun cuando suele observar el tenor literal de las palabras bíblicas, pero en algunos casos cambia personas, introduce algún inciso; incluso en situaciones parti-

culares divide un versículo en varias unidades, intercalando entre fragmento y fragmento de original algunas anotaciones del propio autor.

1.4.2. Citas targúmicas

Son en número reducido; pero no falta la tan significativa y polémica ante un público judío como es la de Is. 52,13, e.d. el Siervo de Yahweh, equivalente al Mesías; curiosamente en esta cita, que se adelanta al texto del original hebreo, y a la vez se aparta de él, Alfonso tiene un término original de su traducción, *wyntl*, frente a *wtyqp* de Lagarde y Sperber; pero el *wyntl* representa a la tradición sefardí, pues se encuentra el mismo término en el Políglota de Amberes.

Otras citas son: Dt. 22,15; Gen. 1,1 (con referencia al Hijo creador); Gen. 49,10 (el famoso *syhl* no es ni más ni menos que el Mesías); Is. 11,1 (el «*tocón*» de Jesé, resulta ser el Mesías); Is. 12,3 («*las aguas de salvación*» se transforman en *enseñanza nueva para los elegidos*», e.d. un nuevo Evangelio).

En las citas targúmicas hemos adoptado el siguiente método: a) aducimos el texto hebreo del ms. B 19A (Biblia Stuttgartensia), seguidamente aducimos el texto de Zamora (tal cual se encuentra en la Carta a los Hebreos); después lo comparamos con las ediciones de Lagarde y Sperber; y también con el Neofiti.

Aunque son pocas las citas targúmicas, son suficientes para apoyar la fidelidad de Alfonso a un texto sefardí targúmico que él había preparado para la Poliglota de Alcalá, y que lo conservamos en dos series de mss.: Mss. 3-6 de la Biblioteca de San Bernardo (Madrid); Mss. 1-3 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca; y Ms. 7.542 de la Biblioteca Nacional (Madrid).

1.4.3. La ciencia gramatical y sus exponentes

En el cap. III de esta Carta, recuerda Alfonso las ciencias propiamente judías: gramática (*díqdúq*), comentario de la Ley (*perús ha-Tôrâh*), Talmud y Qabbala.

En tono de desafío él afirma que en cuanto a la gramática hebrea él conoce todos los gramáticos, desde los antiguos hasta los modernos; al citarlos por sus nombres recuerda a R. Yehuda (ibn Hayyuû), R. Yonah (ibn Yanah), David Qimhi (con su Miklol), R. Moisés Qimhi (con su Compendio), la introducción de R. Benjamín (hijo de R. Yehudah), y por fin Abraham ibn Ezra.

La crítica que de ellos hace es despiadada: «*he aquí que no existe en todos los libros de esos autores, ni siquiera una sola regla correcta, en la cual puedan apoyarse los discípulos para poder hablar su lengua según las reglas de la gramática*». Y esto lo prueba porque él personalmente no ha podido encontrar nunca un solo alumno que hable correctamente la lengua hebrea entre los judíos, en cambio sí que los ha encontrado entre los cristianos. Además, con ironía, añade: «*y ellos (los cristianos) se rien de vosotros, porque desconocéis el hablar vuestra propia lengua*»; y entonces recuerda el sistema que tenían los contemporáneos hispanos de Alfonso (los judíos) para hablar el hebreo: concedores del texto bíblico, para hablar hebreo repetían

mecánicamente frases hechas de la Biblia, pero era una repetición memorística, si no encontraban un versículo apropiado, se quedaban sin saber articular palabra; por eso aduce la cita de Isaías (33,19) «una lengua balbuciente sin posibilidad de entenderla».

La culpa de esta ignorancia del hebreo entre los judíos de su época la achaca Alfonso a que los gramáticos judíos «no sabían dar las reglas necesarias para la gramática de su lengua», y así se dieron a discursos inútiles y a una gárrula verborrea.

Alfonso no se contentó con un ataque frontal, un argumento «ad hominem», y una puesta en ridículo de la petulancia judía de su tiempo en materia gramatical, sino que elencó todos los lugares que él apreció que eran inexactos en las gramáticas judías, y les ofreció el envío de esa antología del disparate gramatical, con una sola condición: si ellos querían conocer tal elenco, y transmitirlo a sus hijos, tendrían que contestar a esta Carta a los Hebreos, y él inmediatamente procedería a ofrecerles el catálogo de todos los disparates de los gramáticos judíos. En este trabajo de Alfonso sin duda fue un trabajo de puntilloso masoreta que él realizó como contrapeso a su Gramática Hebrea; comenzó a leer los gramáticos judíos desde el s. X hasta sus días, y extractó todo lo que él consideraba errado. Tal trabajo no lo hemos podido encontrar ni entre la producción impresa, ni entre la manuscrita de Alfonso de Zamora. Ese ejercicio representaba un balance gramatical de cinco siglos, y suponía una especie de contrapeso a la Gramática Hebrea que él ofreció en 1526; para la historia de la gramática hebrea en España sería una fuente primaria de conocimiento.

Pero no termina la crítica cerrada a los gramáticos judíos y a sus obras, sino que amplía el radio de acción, y entra dentro del segundo campo del saber judaico, dentro del campo que más se hanpreciado los judíos de todas las épocas como de un saber auténticamente judío: el del comentario (*Pêrûs ha-Tôrâh*); es la segunda ciencia de que se ufanaban los judíos, y a la que Alfonso ataca con un «a fortiori» (*qal wa-homer*) contundente: si la gramática es el fundamento de la exegesis, entonces ¿cómo fiarse de una exegesis hecha sobre un desconocimiento gramatical?; «de todos es conocido que la casa, edificada sobre el polvo de la tierra, pronto se desploma, porque no tiene fundamento»; si ellos poseen un conocimiento tan exiguo de la gramática, «cuanto menos podrán conseguirlo en sus comentarios».

A este respecto recuerda el sistema judío de la exegesis que se basa solamente en dos sentidos: literal (*pešat*) y moral (*tošelet*), como lo había expuesto otro rabino de gran renombre, R. Levi ben Gersom. Per los judíos nunca habían querido extraer el sentido figurado, por lo cual habían incurrido en inconsecuencias no admisibles; p.e. en que se admita que una casa tiene lepra (Lev. 14,7); en cambio tal pasaje en la exegesis cristiana se aplicaba al pecado; incluso a propósito de Is. 1,6 los cristianos llegaban a interpretar la curación de esas llagas por medio de la confesión y de la absolución.

1.4.4. Otras fuentes de la literatura hebrea

Seguidamente (cap. III final, y todo el cap. IV) Alfonso reemprende un estudio de otrade las ciencias judías: la Qábbala.

En diversos campos considera aplicada la Qábbala: a los misterios de las letras finales (Kimnafes, KMNPS); Alfonso pone de relieve que los judíos han buscado muchos misterios en tales letras, pero aunque tales letras se puedan emplear también como índices de números para las transacciones comerciales, esto nunca lo han hecho, aunque sí descubran muchos valores para su ciencia oculta. No obstante él mismo hace su propia interpretación de estas letras finales: indican que los judíos al final se convertirán todos a la fe cristiana.

En ese mismo cap. IV recurre a una cita del libro arameo del Zohar, para probar que también en él se encuentra reconocida la existencia del misterio de la Santísima Trinidad: «*Santo el Padre, Santo el Hijo, y Santo el Espíritu de los cielos*», comentando Is. 6,3.

Todavía en el cap. V vuelve a reincidir en problemas de la gramática, sacando de la gramática exegesis, y de la exegesis, pruebas para apoyar la verdad cristiana. Y se rehace de nuevo contra los comentarios judíos de la Torah donde pretenden probar que la destrucción del 2.º Templo fue por el pecado primero, pero no es así, sino que el pecado por el que se destruyó el 2.º Templo fue porque no creyeron en Jesús, que es el Mesías.

De las otras ciencias del judaísmo solamente aduce de pasada el Talmud, al que por vía rápida, descarta definitivamente porque «*hay allí entre juicios y leyes, muchos argumentos a modo de fábulas y mentiras, y vaciedades, que no son de provecho alguno; pero si las conociesen los creyentes, se reirían de ellas*»; después de citar algunas de esas necesidades, afirma que fue una lástima que no se llevase a efecto el decreto de los Reyes Católicos por el que habían determinado que se quemase el Talmud «*que tenían muchos judíos que eran sus siervos*»... «*si le hubiesen quemado os habrían hecho un gran favor, para que encontraseis reposo para vuestras almas*».

Incluso autoridades que pretendieron defender el Talmud, como fueon R. Moisés ben Nahmán, y R. Alfes, no se encontraron acertados; además es denotar que el último propuso muchos interrogantes y dudas sobre el Talmud que no se le supieron disipar. Y para acabar con toda alusión al Talmud, sentencia: «*Y cuando yo ví todo aquello, no os aduje a vosotros autoridades del Talmud, por cuanto es un libro de confusión*».

El cap. VII de nuevo reincide sobre la Qábbala y sus métodos: Notariqon, Gematría y Transposición; y aduce textos bíblicos interpretados con esos diversos procedimientos, y que prueban los dogmas cristianos; e.d. hace una Qábbala cristiana.

1.5. Estilo de este tratado

En el texto hebreo se titula: 'Iggeret... 'el ha-Yehûdîm («Carta a los Judíos»), en cambio en el latín se la encabeza: «*Epistola ad Hebraeos*». El título latino recuerda a su homónima neotestamentaria que en la Vulgata del NT lleva el título «*Epístola ad Hebraeos*»; no se descarta la doble intencionalidad de Alfonso al anteponerla doble título: a: para los judíos, en hebreo: «*Carta a los Judios*»; b) para los cristianos, en latín: «*Epistola ad Hebraeos*» con la intención de recordar ese otro tratado del NT que también se dirigió a los Hebreos del siglo I.

Pero si la carta neotestamentaria a los hebreos fue escrita en griego, la de Alfonso lo fue en hebreo. Ambas abundan más en la parénesis que en lo dogmático, ambas usan los dos métodos judíos por excelencia: a) las citas bíblicas, el continuo recurso a la Escritura; b) la alusión bíblica (*remez*): con estas alusiones se llega a crear un estilo casi-bíblico en las figuras, nombres, instituciones, costumbres, fraseología, que a veces da la impresión de que se está creando literatura bíblica.

Las citas bíblicas suelen ser más largas en la Carta a los Hebreos del NT, que en la redactada por Alfonso. Casi diríamos que la carta de Alfonso es más judía que su homónima neotestamentaria, puesto que Alfonso emplea no solamente la fuente bíblica como en el NT, sino también otra literatura judía posterior, desconocida en la época neotestamentaria.

El abanico literario de fuentes y formas es más amplio en Alfonso que en el documento del NT; pues aunque ambas epístolas reflejan un ambiente judío, Alfonso prosigue la tradición bíblica adentrándose en la judía: haggada, comentaristas (*Parsanim*), gramáticos (*medaqdeqim*), rabinos (*Rabbanim*), Talmud, Qábbala.

Las fórmulas de las citas no difieren de las del escrito neotestamentario pues ambas epístolas proceden de un similar ambiente psicológico, sociológico, cultural y religioso. Quizá en Alfonso las citas bíblicas abundan más que en la carta del NT.

Los temas de ambos documentos difieren claramente, lo mismo que la finalidad: Alfonso lo único que pretende es la conversión de los judíos, y para ello: aduce autoridades, analiza situaciones, propone temas doctrinales controvertidos entre los dos bandos: judío y cristiano.

Incluso a veces Alfonso ensaya el sarcasmo, o pone en ridículo, y por fin establece dos abismos: a) los judíos: dispersos, aherrojados entre cristianos («*idumeos*»), y musulmanes («*ismaelitas*»), viven una vida mísera, con desconocimiento de las ciencias, incluso del hebreo, y en pobreza; b) los cristianos libres, con sus propias autoridades, tienen una vida próspera, se aplican con acierto y cultivan con éxito todas las ciencias, gozan de bienestar.

2. La traducción castellana

Está hecha directamente sobre el texto hebreo, pero consultando en todo momento la versión latina de Alfonso, que resulta su verdadera interpretación puesto que ha sido verificada por su autor mismo.

Una situación delicada han supuesto las citas bíblicas; con frecuencia hubiésemos optado por una interpretación más actual, pero hemos preferido seguir la pauta marcada por la versión latina de Alfonso, pues Alfonso argumenta no desde nuestro actual modo de entender los textos hebreos bíblicos, sino desde el punto en que la exegesis se encontraba en el s. XVI. Quizá pueda parecer un sistema retrógrado en la interpretación del texto hebreo bíblico, pero hemos dado prioridad a que tales textos están insertos en un contexto apologético, que supone tres vertientes: a) la de los judíos; como entendían entonces aquellos textos; b) la de Alfonso: que escoge unos textos concretos para probar contra los judíos los dogmas de la fe cristiana; c) la de la Iglesia española del s. XVI: que tenía también su doctrina que Alfonso tuvo que aprender al convertirse, y que después le condicionó en sus interpretaciones escriturísticas.

Las divisiones que hemos introducido en el texto han sido las que proporcionaban los dos puntos del texto hebreo; con frecuencia se habría de estructurar de distinto modo el texto, pero hemos preferido no disturbar el orden desordenado de su autor; la división en capítulos asimismo es la dada por el autor; como se verá existen repeticiones de los distintos temas en diferentes capítulos, p.e. sobre la Qábbala, *Kamnafes*, gramática, etc.

2.3.2. La traducción del texto alfonsino

Carta que el autor envió, desde el reino de España, a los judíos que están en la ciudad de Roma, para reprocharles por su obstinación.

CAPITULO PRIMERO

Hombres valerosos (e.d. prudentes), comunidad de Roma, y de sus alrededores. A vosotros, señores, clamo (Prov. 8,4).

Escuchadme, porque voy a hablar ante vosotros de cosas grandes (Prov. 8,6). He oído, en verdad, vuestra fama: que existen entre vosotros inventores de ciencia y de sabiduría, para proporcionar sagacidad a los ignorantes (Prov. 1,4). Yo os escribo, no para procurarme un nombre distinguido, sino para dirigiros a vosotros en vuestro camino, en la senda de la rectitud (Sal. 27,4), y por contemplar el encanto de Yahweh y para visitar su Templo; por esto es por lo que he pronunciado mis palabras. Y por esto se suscitaron en mí mis cavilaciones en orden a escribiros las palabras de justicia que ya hace tiempo subieron a mi corazón, como fuego ardiente.

La finalidad de esto es descubriros los misterios de la Ley (Is. 42,23). ¿Quién hay entre vosotros que oiga esto, y atienda y preste oídos y anuncie las cosas que han de suceder posteriormente? (Is 42,23). ¿Es que no hay un camino torcido?, como allí dijo: y no quisieron caminar por sus caminos. Y después de esto lo reafirmó y no lo tomaron a pechos. Quiere decir que no hay entre ellos quien lo tome a pechos para conocer y entender. Porque desde el día de hoy en que se encuentran dispersados en una tierra que no es la suya, entre tales gentes; hasta el día de hoy, se les ha quitado su

engreimiento, y su rey ha ido a la cautividad (Jer. 49,3), y sus príncipes marcharon delante de ellos. Y todos ellos se han convertido como un rebaño que no tiene pastor. Y sus enemigos les han devorado, pero ellos dijeron: no hemos pecado (Jer. 50,7). Sin embargo les circundan muchas tribulaciones, tantas que no se pueden contar. Por eso han convocado ayuno (Jon. 3,5), y lamentación y llanto, y esparcieron polvo (sobre sus cabezas); en lugar de un trozo de carne y un pastel de uvas pasas (II Sam. 6,19). Y no hay quien clame, ni quien responda, y no hay quien preste atención, porque se olvidaron de Dios, su salvador, y su esperanza se ha disipado (Sal. 105 y 106,21).

Y cada día iban caminando e iban debilitándose, y esto tanto bajo los idumeos como bajo los ismaelitas. Y no se han de levantar nunca sino cuando llegue el juicio; ya que ha caído y no volverá a levantarse (Am. 5,2). Pero ellos esperan aún hoy su Mesías (Gen. 33,3). Sin embargo él pasó delante de ellos, por cuanto en él se cumplieron todas las profecías, y no creyeron en todas sus maravillas, e hizo que se disipasen en el vacío todos sus días (Sal. 78, 32-33). Sin embargo el corazón de ellos no fue recto con él. Y por eso les fue quitado su vigor y su esplendor y sus riquezas, y les fueron dadas a los creyentes en él, y estos son los que vosotros véis hoy en la ciudad de Roma y en todo el mundo (Sal. 77,69).

Y así edificó como el unicornio su santuario en la tierra, a la que fundó para siempre. Y los pastoreó con la simplicidad de su corazón y con la prodencia de sus manos y les condujo. Y antes de esto dijo y eligió a la tribu de Judá, cuya interpretación es: para que él se revelase en ella.

Y yo en la simplicidad de mi corazón y en la limpieza de mis manos (Gen. 20,5) hice esto, para escribiros a vosotros palabras de paz, si es que queréis escucharme, comeréis lo mejor de vuestro fruto. Y todo lo que hay en vuestro corazón os he de anunciar, para daros respuesta a todo aquello que pedisteis.

Y no escuchéis con ira las palabras de sabiduría (Ecles. 7,12) que son como sombra de plata. Y no se turbe vuestro espíritu (Ecles. 7,9) con la ira, que anida en el seno de los necios. Porque poseerán la gloria de los sabios (Prov. 3,35).

Y por cuanto caminaron con vanidad se transformaron en vanos. Ahora bien, aprended y ved que Dios desparamma con el biello la obstinación constante (Is. 30,24). Porque hasta el día de hoy habéis caminado hacia atrás, y no hacia adelante, como en los días primeros. Porque yo he contemplado en vosotros muchas tribulaciones y malas, mayores que las primeras, de las cuales no podréis sanarsi no os convertís de modo que creáis en nuestra santa fe.

Y ahora no os engañéis para que no se endurezcan vuestras cadenas (Is. 28,22) porque he oído que un exterminio está firmemente decretado.

CAPITULO SEGUNDO

¿No clama, por ventura, la sabiduría, y la inteligencia ha emitido su voz? (Prov. 8,1). Por eso, hombres de corazón, oídme (Job 34,10), que de ningún modo se aplique a Dios la impiedad y al Omnipotente la iniquidad. Y aprended, y vez, e

investigad, y encontraréis que los creyentes de nuestra santa fe os aventajan hoy a vosotros en todas las ciencias en perfección y en solidez y en el orden verdadero, desde el principio y hasta el final. Pues cuando yo examiné parte de sus libros, y la mayor parte de vuestros libros, tengo que testimoniaros a vosotros (Dt. 30,19) que desde la ciencia de la gramática y hacia arriba, hasta las ciencias, las aprendieron puntualmente en el orden de la perfección y de la precisión.

Y me preocupé e investigué puntualmente, y he aquí la verdad (Dt. 13,15): el argumento es correcto, pues la rectitud de los fieles y la perfección de ellos y su humildad, junto con su ciencia, proviene de Yahweh. Y por cuenta de vuestra soberbia, durante vuestra diáspora, la palabra de Dios ha permanecido admirable y muy alejada de vosotros, para que os salve de la mano del enemigo, y del juicio de la Gehenna (infierno). Y por lo mismo dijeron vuestros sabios, que la pobreza y la diáspora son hermosas para Israel; por causa de la indignación de ellos (Gen. 49,7) que es grande, y su actitud que está obstinada. Porque con el quebranto de ambos han prevaricado, como un torrente (Job 24 y 6,15). Y si los hubiesen colocado en una morada de paz y de descanso, y de reposo, y sin tributos eternamente (Job 4,20) hubieran perecido, y todos sus príncipes se habrían convertido en nada (Jer. 34,12). Y sus valientes hubieran sido abatidos.

Y para sanar de su obstinación fueron liberados de su servidumbre, en el temor del corazón, en una tierra que no era la suya. Pues al final de los días, todos aquellos que hubiesen quedado de ellos se convertirán a nuestra santa fe, y alcanzarán misericordia y mirarán a Jesús nuestro Mesías, como está escrito: y derramaré (Zac. 12,10) sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y misericordia y me mirará a mí al que traspasaron (Jn. 19,37). Y después de esto dijo: todas las familias que hubieran quedado, cada una de las familias en singular; quiere decir que se convertirán, y todas las familias que han quedado mirarán a la fe de Jesús nuestro Mesías, al que traspasaron.

Y he aquí que el profeta Zacarías profetizó y dio testimonio en este lugar sobre el misterio de la Trinidad, por cuanto dijo: y me mirarán a mí. Ahora bien, el vocablo 'elay («a mí»), en algunos ejemplares está escrito 'elaw («a él»), y se lee 'elay («a mí»), para denotar que Padre, e Hijo y Espíritu Santo, todos son uno. Porque por el Hijo ha testimoniado la Escritura en el libro de Daniel que dice: «y la figura del cuarto es semejante al hijo de Dios» (Dan. 3,25). Y todavía está escrito allí sobre este gran misterio: «*Estaba contemplando en visión nocturna, y he aquí que en las nubes del cielo venía como un hijo de hombre, y llegó hasta el anciano de días, y fue llevado ante El; y a él le dio el poder y el honor y el reino y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron; su poder es un poder eterno, que no pasará; y su reino no será destruido*». (Dan. 7,13-14). Por cuanto he aquí que Daniel profetizó y ha dado testimonio en este lugar en torno a la redención del hijo de Dios vivo que redimió a los santos Patriarcas y los condujo al reino de los cielos. Porque por él dijo Daniel en su visión: «*Y su reino que no será destruido*» (Dan. 7,14). Del mismo modo que está escrito después de esto: «*y recibirán el reino de los santos del Altísimo y heredarán el reino para siempre y por los siglos de los siglos*» (Dan. 7,17).

Por cuanto esto no concuerda con el reino del mundo presente, ya que he aquí que es breve y lleno de tribulaciones (Job 14,1).

Y asimismo otra autoridad que dijo: el ángel Gabriel en visión a Daniel (Dan. 9,25): «*Y después de sesenta y dos semanas será matado el Mesías*». Y antes de esto dijo que de nuevo sería edificada Jerusalén, hasta que el Mesías gobernase siete semanas. Pues así fue que desde entonces y hasta la venida del Mesías sucedieron estas semanas, según su preciso número, pues ellas fueron semanas de años.

Como hemos encontrado que se dice: semanas de años (Lev. 25,8); y de allí en adelante fue determinado que Jerusalén sería destruida. Como está escrito allí: «*Y arrasará la ciudad y el santuario, el pueblo con el príncipe que ha de venir*». Y así dijo todavía: «*faltarán el sacrificio y la oblación, y en sus alas habrá abominaciones y desolación, y esto hasta la consumación final, y la destrucción continuará hasta la desolación*». Y esta destrucción sucedió por cuanto no creyeron en Jesús, nuestro Mesías.

Ahora bien, entended y comprended todas estas cosas, son secuencias de todos los enunciados que se escribieron en tales profecías.

Y asimismo hay otras muchas autoridades en la Escritura en torno a la venida del Mesías, hijo del Dios vivo, y en torno a su redención, y en torno al misterio de la Trinidad. Pero os hablaré teniendo en cuenta la brevedad. Pues hemos encontrado que dijo Salomón (Prov. 34,4): «*¿Quién ascendió al cielo y descendió? ¿quién retuvo el viento con sus manos? ¿quién reunió las aguas con su vestido? ¿quién levantó todos los términos de la tierra? ¿cuál es su nombre y el nombre de su hijo, si es que lo sabes?*» Así pues, hace mención del hijo; y Salomón dio testimonio con su sabiduría en torno al misterio de la Trinidad, que hay en Dios; y dijo que este misterio, y el misterio del nombre de la esencia, no lo hemos conocido.

Y todavía hay otra autoridad para probar que todos los que queden de entre vosotros, se convertirán a nuestra santa fe. Por cuanto dijo Isaías (Is. 10,21): «*se convertirá un resto, el resto de Jacob, al Dios fuerte*». Quiere decir que el resto de ellos se convertirá a Dios, al que se llama fuerte; el cual es Jesús, nuestro Mesías. Como está escrito en la profecía sobre su nacimiento: *Y se llamará su nombre: Admirable, Consejero, Dios fuerte (Is. 9,5)*. Y después lo llamó: «*padre de la eternidad, príncipe de la paz*». (Is. 95). Por eso según la explicación que viene después: si lo hubiesen reconocido, habría sido para ellos la paz eterna.

Y he aquí que el profeta Isaías profetizó y dio testimonio en este lugar en torno a las palabras que vosotros no creéis. Porque es duro ante vuestros ojos el creer que el Mesías prometido en la Ley, sería hijo de Dios, y Dios y hombre, y que el Mesías habría de nacer de una mujer. Y aquellas palabras, todas ellas, se recuerdan en esta profecía; porque como está escrito (Is. 9,5): «*pues nos ha nacido un niño, un hijo nos ha sido dado, y su imperio estuvo sobre su hombro, y fue llamado por nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre de la eternidad, Príncipe de la paz*». Por eso le llamó: Hijo, y Padre, y Dios, y Hombre, y Mesías, y Nacido de Mujer.

Y antes había dicho: y le llamará por nombre Emanuel (Is. 7,14), que quiere decir: que con nosotros estará Dios; y esto es para indicar que será Dios.

Y todavía otro misterio: porque el vocablo *we-qârâ't* (Is. 7,14) se refiere a la forma femenina en que se encuentra; pues bien esta profecía habla de María, la Virgen, como le dijo el ángel en la anunciación: «y le llamarás por nombre Jesús» (Lc. 1,31), porque las palabras del profeta Isaías y las palabras del ángel que anunciaba, son una misma cosa.

Y si aquellas profecías hubiesen sido dichas por el rey Ezequías, según decís vosotros, he aquí que no habrían sido cumplidas en él aquellas palabras pues él no fue Dios, lo que significa Emanuel; y no fue Padre de la eternidad como le llamó otra vez, Dios y Padre de la Eternidad (*'abi^cad*).

Y además porque la profecía: «*he aquí que una virgen*», (Is. 7,14) fue dirigida a la casa de David, según está escrito allí: «*oíd, pues, casa de David*» (Is. 7,14); porque no habla ella con el rey Ajaz sobre su hijo Ezequías. Y después de esto habla con Ajaz y dice que por sus pecados será abandonada la tierra antes de la venida del Mesías prometido en la Torah (Is. 6,11).

Y si en la profecía: «*porque nos ha nacido un niño*», decía, —como declaró Qimhi—, que aquellos nombres fueron dichos por Dios, que sea bendito, que él sería llamado con el nombre del niño: Príncipe de la paz. He aquí que esto supone una enorme ignorancia y error, por cuanto no hay camino, e.d. un versículo de la Escritura, que hable así en el resto de los lugares, y en él se debería decir: y llamó por nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre de la Eternidad, Príncipe de la paz, como hemos encontrado que dice (Gen. 4,1): «y llamó José el nombre del primogénito Manasés».

Y así diremos: y le llamó por nombre Jacob; pues eso se parece a las palabras de esta profecía.

Parece, pues correcto que todas las profecías que he recordado fueron dichas por Jesús, y aquellos nombres se refieren a Jesús, nuestro Mesías; pues si entendiéseis sus nombres, conoceríais sus maravillas. Y así también entenderíais todas las profecías que se cumplen en él. Como está escrito en el fragmento de Isaías (Is. 52,13), que dice: «*He aquí que mi siervo entenderá*». Y Jonatán traduce: «*He aquí que prosperará mi siervo, el Mesías, y será exaltado y encumbrado, y se fortalecerá mucho*» (Is. 52,13). Y así fue expresada toda la explicación que está después de él (Is. 53), en relación a Jesús, nuestro Mesías. Puesto que no habéis visto hasta el día de hoy que se habría de cumplir toda ella, y todas las profecías que os he dicho antes, no se cumplen sino en él.

CAPITULO TERCERO

He intentado recordar por orden vuestras ciencias, que son: gramática y comentario de la Ley (Peruṣṣ ha-Tôrâh), y el Talmud y Qabbala, en algunos lugares dudosos y argumentos difíciles que hay entre vosotros y en nuestra santa fe, que resultan fáciles al responderos a vosotros.

Y comenzaré desde el principio primeramente y los expondré hata el último en último lugar.

Puesto que en la ciencia de la gramática he visto todo lo que han escrito los autores antiguos, que fueron Rabi Yehuda y Rabi Yonah. Y también he visto las cosas que recopilaron los que son posteriores, cuales fueron Rabi David Qimhi en su libro Miklol; y Rabi Moisés, su hermano, en su Compendio con la explicación, y la introducción de Rabi Benjamín, hijo de Rabi Yehudah.

Y también he visto lo que escribió Abraham Ibn Ezra.

Y he aquí que no existe en todos los libros de esos autores, ni siquiera una sola regla correcta, en la cual puedan apoyarse los discípulos para poder hablar su lengua según las reglas de la gramática, puesto que hasta el día de hoy no se ha encontrado ni siquiera un solo alumno que pueda y sepa hablar vuestra lengua con el orden de la gramática como hacen hoy los que creen en nuestra santa fe, los cuales les fueron dadas por los autores antiguos y por los posteriores. Y ellos se ríen de vosotros, porque desconocéis el hablar vuestra propia lengua, si no vais a los veinticuatro libros (e.d. la Biblia hebrea) para recordar lo que os dice un versículo según el sentido por vosotros buscado. Y yo digo que por esto dijo Isaías a modo de lamentación (Is. 33,19): «*lengua balbuciente sin posibilidad de entenderla*». Y antes de esto dice: «*pueblo de labio profundo*» (Is. 33,19).

Y la causa de esto es que los autores que he recordado no sabían dar las reglas necesarias para la gramática de su lengua, y entremezclaron sus palabras sin orden, y escribieron muchas palabras superfluas e innecesarias, hasta cansar a todo hombre que las lea y pretenda entenderlas; pero les faltaron las reglas más necesarias. Y por lo mismo era necesario el trabajo de una gramática ante sus ojos que fuese como una piedra de peso. Y les fue a ellos de prueba; y por eso aprendieron su lengua con el uso. Pero entonces mejor hubiera sido para ellos que no se hubieran cansado y se hubiesen afanado en vano. Por lo cual se mofaron de ellos los creyentes al comprobar su falta de ciencia.

Y para no aparecer pesado por la boca y gravoso por la lengua, no os he descrito todos los lugares en que se equivocaron los autores en sus gramáticas. Solamente si es que queréis conocerlos y consignarlos a vuestros hijos, escribidme, y yo os enviaré todas las falsedades de vuestras locuciones, sea en cuanto a la morfología, sea en cuanto al verbo, y en cuanto a la prosodia; donde fallaron en su conocimiento por inclinarse a la izquierda y no a la derecha.

Y por esta causa cayeron y no se levantarán (Cfr. Jer. 8,4; Is. 24,20), y ha perecido su esperanza (Cfr. Ez. 19,5; 37,11); porque es de todos conocido que la casa, edificada sobre el polvo de la tierra, pronto se desploma, porque no tiene fundamento. Por cuanto si no han conseguido el camino recto y bueno, mediante la ciencia de la gramática, que tan exigua poseen por defecto de su conocimiento, cuanto menos podrán conseguirlo en sus comentarios, para que puedan entender y desvelar todo lo que contienen los Veinticuatro libros (e.d. la Biblia), los cuales brillan como zafiros; los cuales fueron entendidos por vuestros sabios y los interpretaron por el método literal (*pešat*), o solamente moral, como lo expuso Rabi Levi hijo de Gersom. Pero no los interpretaron por las figuras grandes y admirables, como los entendieron y explicaron los sabios y doctores que creen en nuestra santa fe.

Porque si fuésemos insensatos no diríamos que no sobresalen los libros santos sobre los libros que nos narran cosas ociosas, que proponen argumentos permisivos y no de deberes, para que no expliquemos en ellos solamente el sentido literal y moral, adaptado solamente al cuerpo. Porque, por ejemplo, ¿cómo diremos que había lepra en las paredes de la casa (Lev. 14,37), si en élla no hay espíritu vital, lo cual no es correcto?

Mas esto se dice en relación al pecado que es una lepra; ahora bien, el cuerpo es la morada del alma. Por esto precisamente había un sacerdote que expiaba por medio del sacrificio. Y acerca de aquellas llagas dijo Isaías (Is. 1,6): «*No han sido vendadas, ni han sido curadas, y no han sido suavizadas con óleo*». Quiere decir, con óleo de confesión, y de absolución. Y la autoridad para esto es que antes había dicho: «*pueblo agravado por la iniquidad*»; y después de esto dijo: «*y han vuelto la espalda hacia atrás*». Cuya explicación se refiere al futuro: porque han de volver a buscar a su Mesías, y no lo han de encontrar. Como dijo el profeta Oseas (Os. 5,6): «*irán a buscar a Yahweh y no lo encontrarán, pues se les ha retirado*». Y todavía otra opinión: que las llagas son los pecados, porque dijeron vuestros sabios que el leproso es aquel que suscita una mala fama contra su prójimo.

Y la regla general es que hay muchas palabras en la Escritura que no podemos explicarlas, sino por el sistema de la figura maravillosa, y éste es el secreto que se encuentra en las letras kimnafes (KMNPS, finales) duplicadas, para denotar que desmenuzamos las palabras de la Escritura y sacamos de allí, el sentido espiritual, y no tomamos o el literal (pesat) o el moral solamente, sin el figurado, porque si hemos entendido el sentido espiritual, entonces será mejor para nosotros, y pensará Dios en nosotros y no perecemos (Jon. 1,6).

CAPITULO CUARTO

Asimismo podemos tratar del misterio de las letras Kimnafes (KMNPS, finales), que ya conocéis, puesto que ellas se escriben siempre al final de las palabras. Y dijeron vuestros sabios que los teóricos las habían aplicado como suplemento para las centenas. Pero no es suficiente causa que se escriban por eso al final de las palabras. Y además porque el número de ellas no iguala al número de sus correspondientes Kimnafes (KMNPS). Pues el número del suplemento de las centenas en las letras Kimnafes no lo han usado hasta el día de hoy, en ninguno de los juicios de transacciones monetarias, porque es ambiguo. Pero las letras Kimnafes (KMNPS) se escriben al final de las palabras para indicar lo que dije arriba, en el capítulo segundo, que al final de los días se convertirán ellos y alcanzarán misericordia. Quiere decir que entonces desmenuzarán las palabras de la Escritura y entenderán que no habían comprendido.

Y también ellas constituyen el secreto del día del juicio, que tendrá lugar al final de los tiempos. Porque entonces se desmenuzarán todas las palabras y se convertirán a lo que habían sido antes.

Todavía indicaremos otro secreto en las letras Kimnafes (KMNPS): que las hemos encontrado en toda la Escritura al final de las palabras, excepto en dos lugares de Isaías (Is. 7 y 9); puesto que en los ejemplares antiguos hemos encontrado la letra *Mem* cerrada (e.d. final) en medio de palabra, en la profecía: «*he aquí que una virgen concebirá*» (Is. 7,13), por cuanto la letra *Mem* de *Calâmâh* (e.d. virgen) está cerrada (e.d. final), y se encuentra en medio de la palabra, para denotar que sería muchacha escondida (TH: *Calâmâh Calûmâmâh*) y virgen (TH: *u-betûlâh*) y cerrada. Porque la palabra *Calâmâh* (virgen) quiere decir virgen (*betûlâh*). Como dijo el siervo de Abraham (Gen. 24,43): y será muchacha virgen (*Calâmâh*). Y antes había dicho: «*y era la joven*» (*ha-naCarâh*); *que no era su intención, sino ser virgen (betûlâh)* como testifica la Escritura (Gen. 24,16), que dice: «*virgen y no había conocido varón*».

Porque de ningún modo había sido su opción por el contrario. Y Onqelos en la traducción aramea, en otro lugar, explica la palabra muchacha (*naCarâh*) virgen (*betûlâh*), como *cûlêmâtâ* (e.d. joven) *betûltâ* (e.d. virgen), porque *Calâmâh* y *cûlêmâtâ* son lo mismo. Y en la expresión: «*para aumentar su imperio*», (Is. 9,6) hemos encontrado en todos los ejemplares la letra *Mem* cerrada (e.d. final) en la lectura *lemarbbeh*, para indicar que no se abrirá lo que está cerrado y sellado en las profecías nunca. Y que no tendrá fin, como la circunferencia que envuelve el orbe (e.d. lo cóncavo) todo alrededor.

Y ya conocéis que no encontraréis que estas profecías se habrían de cumplir en cada uno de sus particulares sino en Jesús, nuestro Mesías, como he dicho arriba en el capítulo segundo.

Y entended y aprenderéis. Y no me respondais que la expresión *hinneh hâCalâmâh* («*he aquí que una virgen*») (Is. 7,14), se refiere a un tiempo cercano, de donde se deduciría que esta profecía fue pronunciada por el rey Ezequías. Porque ya hemos encontrado en muchos lugares la palabra *hinneh* («*he aquí*») que denota el tiempo lejano, puesto que se dice en la mayor parte de los casos sobre la verdad de la cosa que es cierta, como: «*he aquí que viene el día ardiente como un horno*» (Mal. 3,19), lo cual se dice en relación al día del juicio que ha de venir en el futuro. Porque se sabe ciertamente que también está lejos. Así, pues, lo explicaron vuestros sabios, y así es la verdad.

Del mismo modo decimos que la expresión *hinneh hâ-Calâmâh* («*he aquí que una virgen*») (Is. 7,14), es para indicar que será verdadera y cierta la expresión por parte de Dios.

Pero también a veces la expresión *hinneh* («*he aquí*») indica de una cosa que será admirable. Porque así se dice: «*y he aquí (we-hinneh) que la zarza ardía en el fuego, y la zarza no se consumía*» (Ex. 3,2).

Y como éste hay otros muchos ejemplos

Así podríamos decir en la profecía *hinneh hâ-Calâmâh* («*he aquí que una virgen concibe*»), es una realidad maravillosa y muy extraordinaria.

Hablé acerca del modo de las palabras que terminan por las letras Kimnafes (KMNPS), cuando están duplicadas.

Y ahora os recordaré las letras quiescentes 'ehwy ('HWY); puesto que con tres de

ellas se escribe el nombre de la esencia, de las cuatro letras que componen el nombre de Yehowah (Yahweh). Pues la letra *He'* está duplicada; y esto es para indicar el misterio de la Trinidad, por lo cual Isaías profetizó y dio testimonio cuando dijo (Is. 6,3): «*Santo, Santo, Santo el Señor de los ejércitos*» (*Šeba'ot*) porque ellas son tres. Y explicaron vuestros sabios en el libro del *Zohar* (e.d. del esplendor): «*Santo el Padre, Santo el Hijo y Santo el Espíritu de los cielos*». Y ¿qué responderíais a esto? Porque si es conforme a vuestra voluntad, pero ¿es conforme a la verdad? Todavía podemos decir otro secreto en los contenidos en las letras de Yehowah (e.d. Señor): porque el *Yod* entraña en su contenido la mano, que es la potestad del Padre. Y el *Waw* indica en su contenido el comienzo, que se deduce de la expresión *Waweha-camúdim* («*capiteles de las columnas*»), que él es el principio, porque así lo explicaron vuestros sabios según el contenido de las raíces. Y la palabra *re'šit* («*principio*») es la sabiduría, según se dice de ella (Prov. 8,22): «*Yahweh me poseyó en el comienzo (re'šit) de mi camino*». Y en el Targum Palestino está escrito sobre la expresión *be-re'šit* («*en el principio*»): «*En el principio creó Dios con sabiduría, creó Yahweh*». Y la letra *He'* significa por su contenido la esencia y la medida de la misericordia y de la bondad, y del amor. Porque así lo explicaron vuestros sabios, que Yahweh (e.d. el Señor) es la medida (e.d. el modo) de la misericordia. Y esto es para designar la misericordia del Espíritu Santo. Luego si es así, he aquí que en el nombre de Yahweh, se expresa el misterio de la Trinidad, que es la potestad del Padre, y la Sabiduría del Hijo y el Amor del Espíritu Santo, que ha dado el ser al mundo. Como está escrito: «*Y sus misericordias están en todas sus obras*» (Sal. 144 y 145,9).

Y éstas son las tres letras *Hewy* (HWY) que fueron escritas en la Escritura en todas las palabras, en la mayor parte para denotar el nombre de la esencia, y para dar a conocer que Dios es el que concede la esencia a todas las cosas, y que él no la recibe de ellas. Y se les añadió la letra *Alef*, porque ella denota en su entidad numérica la unidad, para demostrar que Dios es uno, y trino, porque así dicen los maestros que creen en nuestra santa fe. Y por esto escribieron el nombre de Jesús en la lengua de Roma (latín) con estas letras: *Yehu* (YHW), en este modo *Iehu*; porque estas son las letras que se usan en lugar de *Yehu*, para significar que el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, no son tres separados, como pensáis vosotros que son tres dioses distintos, sino que todos ellos son uno.

CAPITULO QUINTO

Además podemos decir en el orden de la gramática, que esta palabra *Elohim* (e.d. Dios) está en plural, o indica más que uno. Es decir, para significar el misterio de la Trinidad. Según que *Elohim* (e.d. Dios) está en la proporción de *Gebohim* (e.d. del excelso). Y también *Adonay* («señor») es un pronombre plural en la proporción de *Debaray* («*mis palabras*»). Y no me argumentéis que *Elohim* (e.d. «Dios») es forma singular al modo de otros nombres que terminan en *Yod* y *Mem*, como el perfecto anterior. Porque esos nombres no tienen otro singular, y tienen el nombre plural como el perfecto. Como se deduce: son perfecto. Pero *Elohim* (e.d. Dios), tiene otra

para vosotros en él, porque hay muchas opiniones en él que discrepan unas de otras ya que hasta hoy no supieron la verdad para juzgar sus juicios, y para buscar a su Dios. Y los argumentos son muchos en las diversas expresiones, y la mayor parte de ellos no tienen respuesta.

Y así escribió R. Moisés bar Nahman cosas novedosas sobre esto. Sin embargo él pervirtió el sentido verdadero. Y también Rabbi Alfes adujo muchas dudas aún cuando él fuese un experto entre ellos.

Y cuando yo ví todo aquello no os aduje a vosotros autoridades del Talmud, por cuanto es un libro de confusión.

Lo que no sucede así a los que creen en nuestra santa fe, en sus preceptos y en sus leyes, y en sus ordenamientos. Por cuanto todas son claras y correctas, y manifiestas, y se conocen sin confusión todas sus ciencias, y sin dudas ni argumentos (problemáticos). Y si es así, ¿cómo entenderéis las obras de Yahweh y las obras de sus manos? (Sal. 28,5). Y por esta causa confirmo en vosotros lo que está escrito más adelante, donde dice: *«los dispersará y no los edificará, si no os convertís para creer en nuestra santa fe»*.

CAPITULO SEPTIMO

Además vuestros sabios compusieron la ciencia de la Qábbala (e.d. de la tradición) teórica: *«y ella es vuestra sabiduría y vuestro entendimiento, pero no a los ojos de los pueblos»* (Dt. 4,6), porque ellos se mofan de vosotros, por causa del Notariqon, y de la Gemetría y de la Transposición, que es como *«el jardín de nueces»* Cant. 6,11), según vosotros sabéis. Porque la *Gimel* y la *Nun* y la *Taw* se refieren a aquellos tres. Y porque vuestros sabios hablaron sobre esta ciencia según su razonamiento sin fundamento y sin entendimiento, porque todos los que oigan sus palabras, se admirarán siempre de ellos, pues son palabras adivinatorias y de enigmas de mujeres. *«Y el que observa el viento no siembra»* (Qoh. 11,4). Y según vuestra opinión, la sabiduría de la Qábbala se recibió de Moisés en el Sinaí, y no la escribió porque hay en ella muchos secretos, y no los puede entender cualquier hombre vulgar, si no hay un iniciado importante. Y éstos son los secretos que quedaron en el conjunto de la letras o en la figura, o en el Notariqon, o en las palabras que son superfluas en la Escritura, o en el significado de las letras o de las palabras.

Y si es así, he aquí que os aduciré autoridades a las que no podréis responder frente a ellas, porque ellas son graves y poderosas, para fortalecer nuestra santa fe.

Y ahora diré que el nombre de Jesús que vosotros leéis a veces Yesu (YSU), son tres palabras solamente, he aquí que indica que nació Yesua^c de Yahweh (e.d. Señor) y de María, su madre; porque en Gemetría, Jesús y María (Ysu - Mrym) y Yahweh (Yhwh, e.d. Señor) equivalen a lo mismo. Porque el significado numeral de Yesu (YSU) es como el significado numeral de María por su significación *«ser»* (existencia), por cuanto creó de la nada lo que existe, y todo subsiste por él, y está bajo su mano (o: bajo su poder). Y si lo leéis Yesua^c: he aquí que indica por su significado que él es el Salvador y Redentor. Y si ésta es vuestra intelección, entonces

Y el argumento que tenéis contra nosotros, es que vosotros pensáis que nosotros creemos en las imágenes, y que tenemos muchos dioses. Reconoced que es un error vuestro, porque ellas sirven de recuerdo de los santos que están en el cielo, porque al ver su semejanza nos recordamos de ellos y les suplicamos, y confesamos los pecados, como ellos hicieron para conseguir el reino de los cielos. Y no os escandalicéis de esto, después de que los querubines (Ex. 25,18-22), que tenían la semejanza de la figura de un niño lactante, estaban en el Arca. Así es la semejanza de los santos entre nosotros, no es que creamos que ellas nos van a salvar, sino que rogamos ante ellas para que ellos oren por nosotros a Jesús, nuestro Mesías.

Os he expuesto un capítulo abundante sobre la gramática y sobre el comentario de la Torah, que está unido a ellas.

CAPITULO SEXTO

Asimismo vuestros sabios compusieron el Talmud (e.d. la doctrina) en Seis Ordenes, que son: Simientes, y Fiestas, y Mujeres, Santidades, Purezas, Daños. Todos ellos están incluidos en las dos palabras aquellas que son: *«tiempo corto»*. Porque, en efecto, duraron un tiempo breve. Y hay allí entre juicios y leyes, muchos argumentos a modo de fábulas y mentiras, y vaciedades, que no son de provecho alguno; pero si las conociesen los creyentes, se reirían de ellas. Como es la interpretación de los sueños, pues dijeron que el sueño es una de las sesenta partes de la profecía. Y creen en él, y ayunan a causa de él, y oran, y lo interpretan. Y no es más que la debilidad del cerebro y la confusión del entendimiento.

Y así hay fábulas abundantes de vuestros sabios, como cuando dijeron que el pene de un cierto rabino era como una botella que medía nueve bat; si eso hubiese sido por modo de ejemplo, ¿por qué tomaron como ejemplo su pene y no su cabeza, o su brazo, o su mano, porque con eso provocaron la irrisión de los que creen en nuestra santa fe. Y así dijo también de Og, el rey de Basán, sobre el campamento de Israel, que tenía tres leguas: yo iré y arrancaré el monte y lo arrojaré sobre ellos; lo tomó en su cabeza, y vinieron las hormigas y le horadaron; entonces descendió sobre su hombro; cuando lo quiso arrojar de sí, le crecieron sus dientes y se le quebraron. Y por eso se ha escrito: *«has quebrantado los dientes de los malvados»* (sibbartâ: Gal. 3,8); no leas šibbartâ (*«has quebrantado»*), sino šeribbabtâ (*«hiciste crecer»*), porque me avergüenzo de leer y de oír tales cosas.

Y así las maravillas que los narradores (e.d. escritores de haggada) dicen: *«y fue hecho un milagro»*.

Y otras muchas cosas que son semejantes a éstas, que provocan la risa hoy a los creyentes.

Y por esta causa el rey y la reina, ya difuntos, Don Fernando y Doña Isabel, determinaron que se quemase todo el Talmud que retenían muchos judíos que eran sus siervos. Porque *«a los que te disipaban y te obstruían saldrán de tí»* (Is. 49,17).

Y yo os digo a vosotros que si le hubiesen quemado os habrían hecho un gran favor, para que encontráseis reposo para vuestras almas; por cuanto no hay ventaja

destrucción del primer Templo. Pero esto no es correcto por razón de que en la destrucción del segundo Templo no sirvieron a un culto idolátrico, ni caminaron según los preceptos de aquellos gentiles; como habían hecho en el tiempo del primer Templo, el que edificó Salomón.

Si esto es así podemos decir que la destrucción del segundo Templo, fue porque no creyeron en nuestro Mesías, en Jesús. Y por cuanto vendieron por dinero al justo, que es el pecado cuarto acerca del cual había dicho Amós: «*Y sobre el cuarto no me arrepentiré*» (Am. 2,6). Porque entonces no quisieron aceptar sus palabras ya que les estaba diciendo que él era el Mesías prometido en la Ley, y no le creyeron, y por lo mismo fueron condenados a la diáspora perpetua, durante todos los días de su vida, hasta el día del juicio. Porque serán ceniza bajo las plantas (Mal. 3,21) de los pies de los creyentes.

Además hay muchos comentarios en la Escritura, y autoridades graves y fidedignas para afirmar nuestra santa fe, como está escrito: «*No se retirará el cetro de Judá, y el jefe de su muslo hasta que venga el que tiene que ser enviado (e.d. Silo)*» (Gen. 49,10). Y Onqelos, en el arameo, tradujo: «*hasta que venga el Mesías*» (Gen. 49,10). Pues así fue.

Porque desde entonces y en adelante no tuvieron ya más sacerdote, ni profeta, ni rey. Como dijo Asaf (Sal. 74,9 y 73): «*no hay ya profeta*»; como vosotros veis hoy.

Y así está escrito además en Isaías: «*y saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor de la raíz de él brotará*» (Is. 11,1).

Y traduce Jonatán: «*Y saldrá un rey de entre los hijos de los hijos de Jesé, y el Mesías de entre los hijos de sus hijos será ungido*» (Is. 11,1).

Pues la expresión *we-nešer* («y la flor»), fue traducida: «y el Mesías», para denotar que sería Nazareno como le llamaron. El es el Mesías prometido en la Torah.

Y todavía está escrito después de esto: «*Y descansará sobre él el Espíritu de Yahweh*» (Is. 11,2).

Pues allí encontraréis los siete dones del Espíritu Santo, porque se encontraron perfectos (o: completos) en Jesús, nuestro Mesías.

Y así está todavía escrito: «*Y sucederá en aquel día la raíz de Jesé que está como signo de los pueblos; a ella buscarán los gentiles, y será su descanso la gloria (e.d. el honor)*» (Is. 11,10). Y así está escrito además: «*Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación*» (Is. 12,3). Lo que podríamos decir en verdad, porque esto está dicho en relación al sacramento del Bautismo. Y tradujo Jonatán, en arameo, profetizando: «*Y recibiréis la doctrina nueva con gozo de parte de los elegidos justos*», porque profetizó acerca de los discípulos de Jesús, nuestro Mesías, los cuales predicaron e hicieron convertirse a nuestra santa fe a todo el mundo de modo milagroso. Y así toda la Escritura está llena de muchas pruebas.

En torno a las cuales no tenemos suficiente tiempo y energía para exponerlas. Y encontraréis muchos misterios en la Torah que testimonian todas estas palabras que he dicho arriba. «Pero si quisiérais entenderlas, entonces os alegraríais y gozaríais, y vuestros huesos como hierba germinarían» (Is. 66,14), porque será dada a conocer la mano de Yahweh a sus siervos.

forma singular que hemos recordado: Eloha (e.d. Dios), y El (e.d. Dios), y Elohim (e.d. Dios) para denotar que ellos son una unidad y Trinidad y no tienen otro nombre plural. Y éste es el testimonio en Israel (Rut. 4,7). Para que no digan que ellos son tres dioses (Elohim) distintos. Y en relación al misterio de la Trinidad podemos decir lo que dice la Escritura: «*Cógeme una ternera de tres años y una cabra de tres años, y un carnero de tres años*» (Gen. 15,9). Porque allí encontramos el número ternario tres veces, que juntos componen nueve. Como el número de nueve meses que es el tiempo de la gestante, y he aquí que éstos constituyen el misterio de la concepción y el misterio de la Trinidad.

Porque esto procede de Yahweh (Sal. 118,23) y por esto es admirable ante nuestros ojos.

Quiere decir, que es admirable a los ojos del entendimiento humano que no llega a alcanzar este gran misterio, como también son admirables para él otras muchas palabras, según ya hemos referido en el misterio del nombre de Yahweh (e.d. del Señor), porque con un cambio de letras se dice *hayâh*: fue (pasado), *howeh*: es (presente) y *yihyeh*: será (futuro). Pues esos tres tiempos están unidos como uno, y nuestro entendimiento no lo puede alcanzar. Así son muchas cosas de nuestra santa fe.

Y por lo mismo dijo Salomón (IRe. 8,12) con su ciencia: «*Yahweh dijo que habitaría en la nube*».

Lo que quiere decir que nuestro entendimiento no alcanza a comprender esto.

Y por esto mismo se llama fe, porque creemos lo que no hemos visto. Y obtendremos nosotros por esto un premio, mayor si creemos que si viésemos, porque entonces no tendríamos premio grande.

Por esto dijo Moisés (Ex. 33,18): «*Hazme ver, por favor, tu gloria*». Quiere decir: que te reveles a mí como tú eres, causa de las causas, para que yo crea más. Y la respuesta fue: pues verás mi espalda, ya que mi rostro no aparecerá. Porque «*mi espalda*», quiere decir por modo negativo, y no por modo afirmativo. O bien, quiere decir: me conocerás por mis obras, que están tras de mí, y tendrás más premio por esto mismo.

Y en cuanto al secreto de nuestra santa fe, dijo el profeta Isaías: «*Y habrá fe en tus tiempos, un tesoro de felicidad, sabiduría y ciencia; el temor de Yahweh será tu tesoro*» (Is: 33,6). Como dijeron vuestros sabios, que este mundo de asemeja a un vestíbulo. Dirígete, pues, a tí mismo hacia el vestíbulo para que entres en el palacio. Porque el hombre ha nacido para el trabajo (Job. 5,6); quiere decir: para el trabajo en este mundo, para que herede después de él el mundo venidero. Y ésta es la conclusión del comentario de toda la Torah según el método figurado, para que alcance el alma su mundo; y no por el cuerpo, que alcanzará la vida de este mundo, en el cual se encuentra, corto en días y lleno de problemas (Job. 14,1). Que entienda el inteligente.

Asimismo tenemos contra vosotros muchos argumentos en el comentario de la Torah. Sólo que en gracia a la brevedad os hablaré. Pues vosotros decís que la destrucción del Segundo Templo fue por razón del primer pecado, como sucedió la

vuestra sabiduría es correcta; porque de Jesús, nuestro Mesías, decimos lo que dijo Moisés en su admirable profecía (Dt. 32,39): «*ved, ahora, que yo, yo mismo soy*»; para denotar el misterio de la Trinidad con repetición de las palabras; las cuales son palabras del Padre que dijo que El, y su Hijo son una misma cosa. Y esto está efectivamente expresado en la Escritura, y no por método de Qábala.

Y así diremos sobre el misterio de las letras mayúsculas (o: grandes) que hay en la Torah, que ellas indican el misterio de la Trinidad; como la *Dalet* de la palabra *'ehad* (Dt. 6,4) del (texto): «*Escucha, Israel*» (*sema^c yisra'el*) la cual es mayúscula (o: grande). He aquí que ella indica lo que es más que uno. Y la *Alef* pequeña del texto: «*Y llamó*» (*wa-yiqra'*) (Lev. 1,1): he aquí que también ella denota que los sacrificios de los animales durarían un tiempo reducido, hasta que viniese el Maestro de justicia, que es Jesús, nuestro Mesías.

Y por no ser prolijo no he escrito en este lugar todas las letras mayúsculas (o: grandes), y pequeñas (o: minúsculas) que se encuentran en la Torah, porque podríamos decir que ellas indican un secreto de nuestra santa fe.

Y asimismo también en el Notariqon *be-re'sit* (e.d. «en el principio»), podemos decir: Hijo, Espíritu, Padre, el nombre de Yahweh invocará.

Y así diremos de la expresión *bâra'* («*creó*»). Y los finales de las letras *be-re'sit bârâ' 'Elohim* («*en el comienzo creó Dios*») (Gen. 1,1) indican: *'Emet* (e.d. verdad) para denotar que él es la verdad. Y la letra primera *Bet* de la expresión *be-re'sit* («*en el principio*»); y la letra final que es la *Lamed*, de la expresión «*a los ojos de todo Israel*» (*le-ênê kol yisra'el*) (II Gan. 16,22); diremos que ellas están para designar los treinta y dos años que caminó nuestro Salvador Jesús por este mundo. Y esto para indicar que todo lo que está escrito en los cinco libros de la Torah (o: Ley), se completa en la redención de Jesús, que fue después de treinta y dos años.

Y podemos decir también otra opinión que encontramos en la Parasah *be-re'sit bârâ' 'elohim* («*en el principio creó Dios*») (Gen. 1,1). Desde la expresión que se anota el nombre Elohim treinta y dos veces, y esto es un misterio grande para denotar que Elohim es la medida del juicio que fue usada siempre desde el pecado del primer hombre hasta los treinta y dos años en los cuales fuimos redimidos por medio de Jesús, nuestro Mesías, el cual nos redimió y salvó de la pena del pecado del primer hombre. Es por lo que decimos que dijo Isaías (Is. 43,27): «*tu primer padre pecó*». Porque con este pecado desde entonces y hasta ahora ha nacido todo el género humano con él. Y si ahora no recibe cada uno el sacramento del Bautismo se condenará en el infierno, porque por el pecado de nuestro primer padre, fueron condenados el alma y el cuerpo, como está dicho: «*has de morir*» (Gen. 2,17); las cuales son dos muertes, según opinión de vuestros sabios, que dijeron que no hay letra que falte, ni existe superflua en la Torah («*ley*»). ¡Cuánto menos una palabra!

Y la pena del alma fue quitada por Jesús, nuestro Mesías, con su redención, y esto se efectúa en el Bautismo. Pero la pena del cuerpo quedó siempre, porque el sacramento del Bautismo es para redimir la pena del primer pecado, para cada una de las almas en singular, pero para perdonar en general a todo el género humano era necesaria la redención de Jesús, nuestro Mesías; porque existía el primer pecado que

había sido muy grave (Gen. 2). Y desde los días de Adán, nuestro padre, hasta el tiempo de los Patriarcas, se acostumbró a ofrecer sacrificios y holocaustos para expiar en particular por cada alma. Secuencia de este pecado es lo que está descrito sobre Caín y Abel, y sobre Noé. Y desde el tiempo de los Patriarcas hasta la venida del Mesías prometido en la Torah (Ley), existió el pacto de la circuncisión en lugar del Bautismo. Y por cuanto todas las gentes, que estaban dispuestas a convertirse a la fe del Mesías, no podían soportar la aspereza del pacto de la circuncisión, se usó de misericordia con ellos, y se quitó el pacto de la circuncisión; y se ordenó el sacramento del Bautismo en su lugar, para perdonar de modo particular la pena del primer pecado.

Como está escrito en Isaías (Is. 28,18): *«y será borrada vuestra alianza con muerte, y vuestra visión (e.d. vuestro pacto) con infierno, no subsistirá»*. Porque esas son palabras del Espíritu Santo que dice que el pacto de la circuncisión se borrará después de la muerte de Jesús, nuestro Mesías. Y la visión de las profecías no subsistirá más después de que hubiese descendido a los infiernos para redimir a las almas, y para llevarlas al reino de los cielos.

Porque entonces se habían de cumplir todas las profecías en él, y no había de haber ya otro profeta.

Y así se cumplieron.

Y así dijo además: *«Una peste que azota cuando pase, y le serviréis como escarnio»* (II Sam. 20,18); quiere decir: que perecerán y servirán de escarnio todos aquellos que no creyeron que con la muerte de Jesús, nuestro Mesías, y con su resurrección habíamos de ser redimidos. Y así dijo anteriormente: *«concertamos una alianza con la muerte y con el infierno, hicimos un pacto; una plaga que inunda, cuando pasa les sobrevendrá. Porque hemos puesto en la mentira nuestra esperanza, y en la falsedad nos hemos refugiado»*. (Is. 28,18). Porque profetizó que habían de perecer los individuos cínicos, quienes no comprenden las palabras de Dios, sino por modo literal (*pešat*), y piensan en cortar el pacto de la circuncisión, y establecerlo para siempre sin la muerte de Jesús, y sin que descendiese a los infiernos para redimir a las almas, como vosotros entendéis hoy.

Y por lo mismo servirán de escarnio, como vosotros veis hoy cuando se cumple todo esto en vosotros por vuestra obstinación.

Y así dijo todavía: *«He aquí que pondré los fundamentos en Sión, una piedra, una piedra escogida, angular, preciosa, como fundamento bien fundado; el que crea, que no se precipite»* (Is. 28,16).

Porque podemos decir que esta profecía fue dicha sobre Jesús, nuestro Mesías. Porque si hubiese sido dicha por Ezequías, como comentó Qimhi, ¿cómo habría dicho *«el que cree que no se apresure»*, porque denota que esto es para largo, pues he aquí que estaba cercano para venir su tiempo, por cuanto esta profecía fue hecha en los días de su padre Ahaz?

Y todavía lo que dijo: *«la piedra escogida»*, para denotar que su reino habría de ser eterno, y no fue así. Porque he aquí que el reinado de Ezequías y de su hijo no fue eterno, sino que pereció después de ellos. Como está escrito al final del libro de

Jeremías (Jer. 52).

Y también que esta profecía sería con condición, como dijo David (Sal. 132,12): «*si observasen tus hijos mi pacto*»; he aquí que no dice la Escritura: para siempre, una profecía eterna, por la vida de este mundo, puesto que fue corto en días, como dije anteriormente en el capítulo segundo.

Y atended y aprenderéis.

Y vuestros sabios negaron el pecado del primer hombre, y dijeron que no ha nacido el género humano con él, y que no fue condenada el alma por causa de él. Y he aquí que olvidaron lo que dijo David: «*He aquí que en la iniquidad he sido concebido, y en el pecado me engendró*» (e.d. según la palabra de Jeremías: me dió a luz mi madre) (Sal. 51,7).

Lo que está escrito por duplicado de la frase, en expresiones diferentes, para denotar que ésta es la verdad. Y ¿qué responderán vuestros sabios a esto? Y así han olvidado vuestro sabios lo que dijo Ezequiel: «*el individuo que peque, ese es el que morirá*» (Ez. 18,4. 20).

Porque he aquí que allí se menciona la pena del alma, que proviene por causa del pecado, ya que el cuerpo es polvo y ceniza» (Gen. 18,27).

Y también se han olvidado de la frase: «*Morirás ciertamente*»; ya que son dos muertes (morirás de muerte) (Gen. 2,17), como he dicho anteriormente.

Y de las palabras de la Qabbala, que dije en este capítulo: son muchos como la arena del mar (Gen. 41,49).

Y la conclusión de todas estas palabras mías, es que hay respuesta en la Escritura para todas las dudas y argumentos que tenéis vosotros contra nosotros, para probar que «*vuestra esperanza ha perecido*» (Sal. 74). Y ya «*no tenéis profeta, y no tenéis entre vosotros quien sepa hasta cuándo*» (Sal. 74,9), como comenté en el capítulo quinto.

Que Dios, en su misericordia, os convierta, y os saque de las tinieblas a la luz; como es voluntad de Alfonso de Zamora.

**DIPUTACION
de ZAMORA**



instituto de estudios zamoranos
florián de ocampo
(C.S.I.C.)

